

Un Consistorio inesperado

JUAN Pablo II ha sorprendido, una vez más, a los medios de comunicación social, y particularmente a los españoles.

Yo tengo la idea de que en España tenemos una opinión poco realista de este Papa polaco. Sobre todo la izquierda católica en general lo ha clasificado de un modo simplista y, por eso, frecuentemente se sorprende de las cosas que hace, porque no encajan en ese retrato que se ha hecho de él.

Sin embargo, yo estaba esperando de un momento a otro esto que acaba de suceder, porque repetidas veces había indicado el Papa que gobernaría la Iglesia acudiendo a esa colegialidad relativa que quedó marcada en el Concilio Vaticano II. Y, efectivamente, así lo ha hecho.

Pero se equivocarían los que ahora dieran un giro de 180° a su anterior opinión pensando que el Papa es un progresista. Esta reunión masiva de cardenales en Roma no es ninguna innovación, sino una vuelta al pasado, si bien sea un retorno razonable a una costumbre que se había perdido.

Los romanos después de Diocleciano tenían la costumbre de convocar frecuentemente el "Consejo del Emperador"; y la Iglesia naciente imitó esta costumbre, reuniéndose con el obispo de Roma los principales responsables eclesiásticos de esta Iglesia local. Y así continuó esta costumbre hasta el siglo XIV.

A partir de esa época desapareció este uso, y todo se centralizó en la Curia romana. Centralización que se impuso desde entonces, y ahora quiere este Papa volver a la antigua tradición, pero sin perder las riendas que tan fuertemente mantiene sujetas.

El hecho de que el Papa Wojtyla haya dado este paso inusitado ha producido un malestar evidente en la poderosísima burocracia vaticana, que se encontraba bastante a gusto porque el Pontífice romano, con sus numerosos viajes, parecía seguir la máxima de que "el Papa reina, pero no gobierna", ya que muchos asuntos quedaban pendientes de solución y otros eran resueltos por el

fuerte mecanismo administrativo italianizante de la Santa Sede.

El Papa quiere seguir más claramente la línea que en bastantes ocasiones ha definido, de acuerdo con la fuerte personalidad humana que tiene: le gusta escuchar, pero en último extremo decide casi siempre él solo. Y ahora es lo que ocurre con este Consistorio, en el que ha reunido a 120 cardenales, y entre ellos a los que pasan de la edad límite de los ochenta años.

¿Qué es lo que pasó en este Consistorio sorpresa? La prensa ha concretado todo en dos puntos fundamentales: las finanzas de la Santa Sede y el funcionamiento de la Curia romana, aparte de los aspectos pastorales que ha subrayado en su discurso de apertura el jefe máximo de los católicos, y que fundamentalmente se centran en la preocupación que tiene por la disgregación moral que existe en el mundo actual, y que frecuentemente enfoca el Papa de una manera demasiado drástica y sin matices.

El problema de las finanzas vaticanas es grave. La complejidad de su funcionamiento y los desaciertos económicos de Pablo VI han llevado a una situación muy difícil. Existen cuatro presupuestos distintos, administrados autónomamente, que, a pesar de los esfuerzos del Papa Montini, no han podido ser controlados coherentemente.

El capital invertido por el Vaticano se cifraba por la serie revista "The Economist", en 1965, en trescientos mil millones de pesetas de entonces. Y todos saben que estos valores los poseía en aquel momento la Santa Sede también en algunos Bancos italianos, como el del Santo Espíritu y el de Roma; y los maledicentes dijeron —sin que fuesen desmentidos— que incluso poseía intereses en algunas fábricas de armamentos y anti-conceptivos.

Pablo VI pretendió diversificar estas inversiones, canalizándolas fundamentalmente hacia los Estados Unidos, para evitar un exceso de capital en Italia; y, según se dijo en la prensa, intervino un hombre confuso, fuerte especulador, llamado Michele Sindona, que, después de

grandes manejos, hizo "crack", y esto le costó a la Santa Sede aproximadamente una pérdida de treinta mil millones de pesetas, según parece. Sin duda, este desacuerdo colaboró mucho a la fuerte neurosis que en los últimos años de su pontificado planeó sobre el carácter del Papa Montini.

Los cuatro presupuestos autónomos a los que aludo son: la Fábrica de San Pedro, para mantener la basílica y su personal; la Congregación para la evangelización de los pueblos, la Ciudad Vaticana y la Curia romana. Estos dos últimos son los más importantes, desde el punto de vista del personal que emplea, porque el Gobierno de la Ciudad del Vaticano tiene 1.400 personas a su servicio, y la Curia, 600 empleados. Los sueldos fijos no son muy brillantes: oscilan entre 40.000 y 60.000 pesetas al mes, pero tienen fuertes ventajas, ya que no pagan impuestos, poseen grandes facilidades de alojamiento y de aprovisionamiento muy barato. Y, por supuesto, este personal vaticano —y eso es lo más negativo— no tienen ningún género de representación de cara a los directivos y al diálogo con ellos, como, en cambio, es usual en cualquier empresa profana a nivel europeo.

El tema de la organización administrativa de la Iglesia es otro grave problema. Todos han podido ver que la llegada de este Papa no ha supuesto ninguna cesión del fuerte poder que sigue manteniendo en el mundo católico los dicasterios romanos, incluso en algunos aspectos, como el de la secularización de los sacerdotes, se ha puesto todo más rígido.

¿Servirá este Consistorio sorpresa para hacer a la Iglesia menos capitalista? ¿Veremos alguna simplificación radical de la organización curial y una clara superación de la tiranía que ejercen las congregaciones romanas?

Lo dudo mucho, porque la Iglesia católica en su aspecto humano es una fuerte y complicada multinacional, y toda institución fuerte de poder tiende ante todo a su autoconservación, sin ceder un ápice del poder que tiene. ■